

Luis Moncada

Motivos del "Juan Cristóbal"

GRAZZIA BUOTEMPI



RECORDAMOS. La tarde ha roto el dique
de la altura y esmalta las praderas.

De los batracios ruedan las argollas de oro
por sobre el cristal liso de la tarde serena
en que Ella, como el Cristo-niño de Zurbarán,
duerme sobre la cruz, del amor que la espera.

Cruz de los cuatro brazos construyendo
la rosa de los vientos, en la eterna tragedia
de señalar las rutas del amor que concluyen
en el Gólgota génesis, en perenne naciencia.

El Futuro atraviesa el jardín de su alma,
jardinero expertísimo en cultivar las finas
rosas, aunque un atraso halle muertas las flores.
Entonce cuida espinas. Entonce cuida espinas.

Norte de Italia, fuiste su alero azul temblante,
mano sobre los ojos por ver a la distancia.
Y ese horizonte estaba tajeado por la ruta
que conduce a Lutecia, oh, dulce y bella Grazzia.

Tu dulzura de Virgen del Rosetto—que Luini,
allá en Milán, untando su pincel en las flores,
pintó sobre el recuerdo de quien viera su tela—,
tu dulzura de virgen va por la ciudad, triste.

Pero a los tristes siempre los sorprende un hallazgo.
Y allá encontró al amor, que es el siempre encontrado.
Al amor más amor, al que sólo está en uno:
ni en el presentimiento del amado.

El sol de Italia es nuevo cuando a Italia se vuelve.
Grazzia en él sumergida es un trozo de luz.
El alto cielo claro. La soledad inquieta.
Espacio que entristece en su amplitud.

Un caminito lleva a la niña que sueña.
Lleva un mensaje escrito que nadie leerá.

Quien rompa el corazón, que guarde sus pedazos.
La cicatriz porfiada se hará amar.